

Selecciones

Las ciencias humanas después de la muerte del hombre

Salir del estructuralismo

María Daraki

Entre la «Muerte del Hombre» y la «Nueva Derecha»

¿Sobre qué datos?

Con las ciencias humanas se crearon las condiciones de posibilidad de un humanismo más *exacto*, fundado en la búsqueda de suelo firme más que en principios previos. ¿Sobre qué datos se anuncia el final próximo de las ciencias humanas, incluso «la muerte del hombre»? La respuesta urge ante el pesimismo actitudinal que está dominando nuestra vida intelectual. Habrá que valorar el fenómeno: la de las ciencias humanas es una aventura científica muy peculiar. El saber acerca del hombre *es el material con que se construye su identidad*. Pero ¿qué garantías de científicidad avalan teorías recientes, con su suma de resultados, así como con la carga de pesimismo que hoy hacen experimentar? Es hora de comprobar el fundamento de las visiones *deterministas* que, en el campo de las ciencias humanas, siguen hoy en vanguardia: analíticas del lenguaje y del pensamiento, escuelas estructuralistas en lingüística, psicología y antropología, con su marcada tendencia común que hace de todas ellas una «analítica de la finitud».

Urge en tal comprobación un hecho y un peligro: el hecho de que esa corriente ha reivindicado y obtenido una credibilidad científica sin precedentes, y el peligro de que la convicción recaiga, no en un humanismo exacto, sino en un pesimismo exacto, que equivaldría a confesar que la fe en el hombre no ha sido más que un deseo o un principio ideado por los filósofos pero desmentido por el saber positivo. Pero hay otras implicaciones: las opciones estructuralistas sólo parecen buscar la demostración de la igualdad mental de los hombres, que creen indispensable para la calidad no sólo ética sino incluso científica de

nuestro saber sobre el hombre. Si la noción de «raza» sólo tiene sentido en paleontología —y hoy no hay más raza que la del *homo sapiens*—, una de dos: o la ciencias humanas llegan a fijar unas *leyes* antropológicas o no alcanzarán nunca su verdadero estatuto científico. Es el precio de un humanismo *exacto*...

Lo lamentable es que se intente hacer creer que la igualdad mental de los seres humanos sólo es demostrable desde visiones pesimistas... En Francia estamos hoy asistiendo a la eclosión de un curioso «humanismo» selectivo o «humanismo de derecha», que busca reconciliarnos, sí, con nuestra condición humana, pero sobre la base de un principio jerárquico...

La inteligencia, una «región de la naturaleza»

Ante todo, si se ha de salir de esa alternativa de hoy entre la «muerte del hombre» y la «Nueva derecha», la puerta de salida no puede ser otra que la misma de entrada. Las ciencias humanas han modificado la concepción del hombre, al definirlo, no por su *esencia*, sino por unas *relaciones* con el ambiente y el devenir. Por lo que, para su estudio, se habrá de partir del hombre *relacional* y de las efectivas relaciones que lo *constituyen*. El resultado final del nuevo método parecía evidente: borrar toda distinción entre las ciencias humanas y las ciencias exactas.

Y es porque la nueva concepción considera al hombre como una «región de la naturaleza». Todo conocimiento *objetivo* del hombre habrá de limitar su análisis a los elementos que tengan en el estatuto objetivo y homologable con el de los demás datos naturales, y que no solamente comprometen a la biología, sino también a la inteligencia. Tal análisis no persigue sino «un mejor conocimiento del *pensamiento objetivado*» previamente afirmado. Sometido a las leyes del «mundo del que forma parte», el espíritu humano no viene a ser más que «una imagen del mundo, inscrito ya en la arquitectura de tal espíritu».

Para justificar tal visión, se apela al principio filosófico de la *armonía preestablecida* entre las leyes de la inteligencia y las de la naturaleza. La inteligencia está llamada a «repetir» la naturaleza. «Espejos el uno del otro», bien se puede por tanto introducir en el estudio del hombre el método de análisis del mundo. Tal apelación a una *armonía preestablecida* implica ya una desvalorización del contexto socio-cultural —solamente la «naturaleza» tiene para el hombre carácter de «medio»—, así como de la historia, eco igualmente de la misma naturaleza y con leyes por tanto también eternas... Con lo que tampoco se valoraría ya ese inmenso espacio que tendría la *acción* humana como tal.

Puede apreciarse cómo, más que de métodos y análisis inductivos, en el fondo se está partiendo de unas previas opciones que descansan sobre la deducción...

Las ciencias humanas después de la muerte del hombre. Salir del estructuralismo

Una teología sin Dios

Tal concepción implica ahora un contrasentido filosófico. En efecto, una *armonía preestablecida* entre el hombre y el mundo sólo tiene sentido dentro del denominado *realismo trascendental*, que supone siempre un Creador, se le conciba como se le conciba, y en cuyo proyecto, por consiguiente, tendría tal armonía una existencia anterior a las cosas: existencia *ante rem*, en una epistemología tomista, o *ideal*, en un sistema platónico. El hombre no haría más que percibirlo así *post rem* o mediante la *anámnesis*.

Pero el *realismo* hoy ha trascendido la idea de Creador, confiriendo su poder a la creación, que, como «naturaleza», bien «puede significarse a sí misma», con poderes creativos pero sin proyecto ninguno. De los tres elementos que integran la *armonía preestablecida*, aquí sólo se mantiene el de la reificación. Las significaciones se sitúan en las cosas —*in re*— y el espíritu las «repite», sin tener que descubrirlas... Amputado por arriba y por abajo, el sistema no puede ya ni apoyarse en el proyecto de un Creador ni encontrar aplicación en el amplio conjunto de la condición humana... Reemplazado el Creador por la naturaleza —cuyo otro nombre es la necesidad—, la solución determinista aparece como una opción apriorística. «Dios» prevé libertad; la necesidad, no.

La exactitud de una metáfora

Las palabras y las cosas, de M. Foucault, anuncian el fin próximo del hombre. La obra conjuga el reto realista y el reto nominalista; imposible en filosofía, tal juego sólo es admisible mediante una licencia poética. La *primera* impresión del autor es que la más científica aproximación a las realidades humanas es el prescindir del sujeto, para no considerar más que las «palabras» y las «cosas»; y la *segunda* es que los productos mentales tienen sus correlatos ontológicos en el mundo. Por lo que se pueden atribuir al contexto socio-cultural las características del ambiente natural, que se le impone al hombre desde el «exterior» y «sin posibilidad de liberarse de él». Es la razón por la que el hombre está llamado a desaparecer. Su misma condición humana es la prueba de su «finitud». Los tiránicos factores ambientales —que lo dominan como a un «objeto»— no son sino unos productos mentales objetivados..., que no sólo son exteriores al hombre, sino que se tornan contra él para transformarlo en «objeto»... Entre las palabras y las cosas no hay lugar para el sujeto; o serían unas y otras las dos *piedras de molino* que acaban triturándolo.

Se trataría del sujeto *singular*... Al no aceptarse, la solidaridad entre el individuo y la especie termina por no ser ya percibida... Y el «ambiente» no es ya una herencia, negociable, de palabras, sino el peso de una necesidad enemiga.

Foucault, más que simple continuador de la tarea estructuralista, sería su

hora de la verdad: el que siembra la reificación y recoge la «muerte» del hombre.

La conclusión no deja, sin embargo, de ser optimista. Los determinismos contemporáneos son producto de un método inadecuado. El mensaje pesimista que transmiten no afecta al hombre real, sino a un «hombre» extrasocial y extratemporal, sin medios de *acción* y ajeno al *proceso* que hace de él un heredero y lo inserta en la especie: un hombre que no puede ser ni el sujeto relacional de las ciencias humanas, ni el sujeto genérico que permite pronunciarse sobre la naturaleza de unos denominadores comunes.

Las condiciones de posibilidad de un humanismo exacto

El reino de la intención

Nadie ha pretendido minar la fe en el hombre. Mas, si lo propio del hombre es su estructura innata, intemporal y universal reguladora de la oposición binaria, ¿no es de temer un segregacionismo querido por «la naturaleza»? En la construcción de la *identidad* por la exclusión de lo *otro*, la oposición binaria es el instrumento básico. Y loable la sed de exactitud. Mas ¿con qué intención? La fe absoluta en las tecnologías avanzadas se ha traducido en cientismo...

Tampoco se ha de olvidar la aventura, a la vez política e intelectual, del proyecto marxista de *transformar* las realidades humanas, aportando principios fecundos para su *interpretación*. Ya Marx concibió la idea del hombre total fundada sobre el principio de una relación cíclica entre el sujeto y su ambiente, rompiendo así la fisonomía de dicha relación e introduciendo los principios materialista e historicista. El «joven Marx» *intérprete* dio paso al Marx maduro *transformador*... La transformación debe provocar unas dinámicas, cuyas ideas motrices son la economía y la historia...

Como tradición indivisible, *el* marxismo debía asumirse por entero o no asumirse. Con la confusión entre *interpretación* y *transformación*, el hombre total venía a ser un «comprometido». Demasiado comprometido, dentro de una historia finalizada y de una relación con el ambiente que subordinaba las «superestructuras» a las «infraestructuras»... Con las desilusiones *políticas*, el descrédito recayó a la vez sobre los dos aspectos de la herencia marxista. El esfuerzo por conservar la «unidad del marxismo» produjo un curioso resultado: la desestalinización implicó el abandono del método total, dejando campo libre a los formalismos desencarnados que desvinculan las «superestructuras» de toda relación con la sociedad y la historia.

Con su paso de la filosofía a las ciencias, el estudio de las realidades humanas ha ganado en medios experimentales, pero ha perdido fuerza de resistencia frente a una intención y unos intereses ajenos a la ciencia misma...

Estructura y sistema

El método que pretendió borrar la distinción entre las ciencias humanas y las de la naturaleza comenzó adoptando la *Gestalttheorie*, que se propusiera el estudio del hombre *relacional*. Cabía esperar de la *Gestalt* una descripción finalmente exacta del «hombre total», en relación con su ambiente. Pero, seducida por las ciencias de la naturaleza, la *Gestalttheorie* terminará *objetivando* el círculo sujeto-objeto: un sujeto sin actividad y un objeto sin devenir, prisioneros de una «estructura». Después de haber subrayado la solidaridad entre el sujeto y su ambiente en devenir, paradójicamente la *Gestalttheorie* pone la forma a salvo de todo devenir, pero no a salvo del determinismo. Desde el método total se pasa así al método estructural...

Habiendo podido ser la *Gestalt* un *sistema*, quedóse en *estructura*. La diferencia entre uno y otro está en que, mientras en el primero puede integrarse la dimensión histórica, la segunda es, por definición, algo fijo...

En antropología, el *sistema* es el hombre, que implica no sólo la naturaleza, sino también la sociedad y la historia. El «método total» o sistemático debe considerar todos esos elementos y sus relaciones de sentido. El ambiente específico del hombre es la sociedad, que mediatiza incluso su relación con la naturaleza. Aun en el caso de *haberse dado los hombres* la naturaleza como ambiente, se trataría de una naturaleza humanizada y sellada por su función simbólica o *intencionalizada*, como diría Husserl. Tal simbolización recibe su validez de un *consensus* social que le confiere una *función*. Verdad es que el hombre no se contenta con simbolizar la naturaleza; quiere transformarla. Pero la historia de las técnicas no es más que la historia de la progresiva introducción de una naturaleza *humana* en el ambiente específico del hombre. En vez de afirmar que el pensamiento «no acoge la naturaleza sino para repetirla», se ha de admitir que el hombre no contacta con la naturaleza sino para transformarla: mediante el símbolo o el instrumento, y conforme a sus proyectos, sabiendo que el ambiente no deja de ser una herencia recibida...

Decir que el hombre forma *sistema* con la sociedad y la historia es decir que lo forma con la especie. Sólo así escapa a la necesidad que impone la naturaleza. Y en este sentido el hombre no es «natural».

La ley común

La tesis filosófica de que «los hombres son libres y responsables» encuentra hoy una precisa formulación en las ciencias humanas: el hombre posee un poder de *autoconstrucción*. Leroi-Gourhan, paleontología, y Piaget, psicólogo, han destacado las reglas de un proceso exclusivo del hombre. Especialistas de la evolución mental, uno y otro se han movido en «terrenos» muy marcados por el factor *morfológico*. Ahora bien, el determinante de los procesos que

describen no es la necesidad, sino las leyes del sistema-hombre, con una total independencia respecto a la concepción *esencial* de la inteligencia... En la macro-perspectiva de la historia de la especie según Leroi-Gourhan, y en la micro-perspectiva del individuo desde su nacimiento hasta la edad adulta, según Piaget, la inteligencia aparece, no como una facultad, sino como un modo de adaptación al ambiente, que desde la *acción* hasta la función mental va orientando la autoconstrucción de sí misma... Si el hombre es a la vez sujeto y objeto de su propia construcción —autoconstrucción de la inteligencia—, ello se debe a su mismo ser que se va nutriendo de un ambiente que él mismo comienza humanizando antes de «asimilarlo».

El recorrido concreto desde la infancia hasta la edad adulta está orientado por el modelo constructivo de operaciones lógico-matemáticas, válido dentro del marco de las sociedades occidentales, en las que tal construcción representa el «punto de llegada» que alcanza la inteligencia adulta. Pero es lástima que tal modelo sea solamente relativo, al estar en función de una tradición particular y de un ambiente socio-cultural determinado y no del ambiente socio-cultural global... Al proyectar sobre toda sociedad humana las conclusiones a que ha llegado en la nuestra, se renueva el tema de los «pueblos infantiles»: las formas de inteligencia incapaces de operaciones lógico-matemáticas no han alcanzado aún el «punto de llegada»...

Pero, si más que una «facultad», la inteligencia es una forma de adaptación al ambiente, ¿no sería lo lógico afirmar que las formas de adaptación pueden y deben variar como los tipos de ambiente? En toda sociedad, el hombre es ese ser cuyo desarrollo intelectual se nutre de un ambiente previamente humanizado; pero ¿no son múltiples las maneras de humanizar un ambiente? La misma ley de autoconstrucción, destacada por vía experimental por Piaget, lo demostraría... Por otra parte, en toda sociedad el modo vigente de pensar orienta su poder al desarrollo de la inteligencia, de la que representa su «punto de llegada». Pero la naturaleza de tales *poderes* varía, como varían los *puntos de llegada* y como son más de una las *inteligencias adultas*... Las recientes adquisiciones de la genética lo confirmarían, al distinguir entre «inteligencia» y *patrimonio genético*...: un nuevo desmentido a la concepción *esencialista* de la inteligencia. Ser inventivo por definición, el hombre crea la posibilidad de la *autorreferencia* y de la consiguiente *autoconstrucción*... Todo ello es importante, aún reconociendo que debe ser completado para su utilización... Pero las coincidencias en terrenos fundamentales y tan independientes no dejan de ser impresionantes y, por tanto, muy significativas..., llegándose a un mismo principio con carácter de *ley*: la inteligencia se autoconstruye..., a través de un método apropiado al hombre real: un método liberado de la concepción *esencialista* de la inteligencia, por un lado, y de la seducción de las ciencias de la naturaleza, por otro. Sin tomar partidos de «escuela», los resultados son convergentes, abriendo así la vía a un humanismo exacto...

Aplicándole un método adecuado, el hombre aparece como el ser cuya condición se construye sobre unas bases únicas, tanto en el nivel de lo más

transparente como en el de su profundidad. Fruto de una relación entre unas variables, la inteligencia es igualmente variable. Pero las leyes a que dan lugar tales relaciones son siempre constantes. Lo que hace a los hombres ser tales no es una «estructura» fija, sino un conjunto de leyes que proclaman la posibilidad de una elección y regulan un proceso que permite una variedad de caminos y de puntos de llegada, así como toda esa variedad de formas que despliega a nuestra vista el gran espectáculo de la *diversidad antropológica*.

Se pueden, por tanto, tomar en serio los datos científicos; pero con tal de no extorsionarlos con métodos inadecuados. Fruto de una inadecuación metodológica, el determinismo innatista, que no ha sabido defender la igualdad de los hombres sin proclamar, contra toda evidencia, su homogeneidad, es injusto hasta con la misma «naturaleza». Lejos de ser un núcleo programado, el «dato» que de la misma tienen los hombres sería más bien el de un instrumento intelectual dotado de poder de *autoconstrucción*, cuyos múltiples resultados no actualizan nunca más que una «región» limitada del patrimonio genético.

Título original: *Sortir du structuralisme*.

Publicado en: *Esprit*, 89 Mayo 1984, 109-122. Rev. mensual. 19, rue Jacob, 76005 París (Francia).

Resumió: MACARIO DÍEZ PRESA.